

El ofertorio proleptico en las distintas tradiciones litúrgicas

Gabriel Díaz-Patri¹

Introducción

Al observar las oraciones del ofertorio en la tradición del rito romano, lo que llama la atención en primer lugar es lo que los liturgistas denominan prolepsis (πρόληψις), es decir, «anticipación»: la presentación, como si ya se hubiera cumplido, de lo que pertenece temporal o lógicamente al futuro, no como una simple previsión, sino como una actualización anticipada. En el caso concreto de la Misa, esto consiste en tratar el pan y el vino, en el momento en que se ofrecen, como si ya fueran el Cuerpo y la Sangre de Cristo y, en consecuencia, en ofrecerlos por los vivos y por los difuntos con carácter propiciatorio.

Este aspecto ha parecido inadecuado a algunos, y no solo a los liturgistas más o menos racionalistas del siglo XX en diálogo con el protestantismo; de hecho, fue incluido también en la lista de abusos —propuesta para que los Padres conciliares los examinaran y evaluaran— por los miembros de la comisión especialmente delegada *ad hoc* por el Concilio de Trento, aunque posteriormente no se consideró prioritario abordar este punto en los debates conciliares.

Quienes ven con recelo esta anticipación en el ofertorio tienden, por lo general, a atribuirle a una intrusión tardía, de época medieval y vinculada a una concepción litúrgica franco-germánica, dentro de un esquema de la misa que originalmente no la preveía. Sin embargo, es un hecho que un lenguaje que anticipa claramente el sacrificio se encuentra no solo en otros ritos, tanto occidentales como orientales, sino incluso en otras partes más antiguas e indiscutiblemente romanas del rito romano.

Nos proponemos, por tanto, llevar a cabo una amplia revisión de las fórmulas y los ritos del ofertorio en las distintas tradiciones, tanto orientales como occidentales, con el fin de comprender el alcance de esta anticipación y los diversos matices que caracterizan su uso. En esta exposición no pretendemos entrar en el debate sobre las implicaciones teológico-doctrinales ni sobre las diferentes concepciones litúrgicas que conlleva; partiendo más bien de una panorámica histórica lo más amplia posible, deseamos trazar una cartografía de la presencia de dicha anticipación en las distintas tradiciones de la Iglesia.

¹ Conferencia pronunciada con motivo del XV Coloquio del CIEL, Roma, 5 de febrero de 2025.

Las Apologías

En primer lugar, intentaremos situar estas oraciones en el marco del género al que pertenecen. Las oraciones del ofertorio están, en cierto modo, vinculadas a un elemento que se encuentra constantemente en las distintas familias litúrgicas: la actitud del sacerdote que, aunque se reconoce indigno de presentarse ante el altar de Dios a causa de sus propios pecados, se atreve, no obstante, a acercarse a él, lleno de confianza en la misericordia divina, para celebrar los santos misterios y ofrecer el sacrificio en expiación de los pecados del pueblo. Al reconocer así su propia indignidad, pide a Dios que lo haga digno de este ministerio.

En Occidente, esta actitud queda representada de manera especial en las llamadas «apologías», cuyos testimonios comienzan a aparecer hacia el siglo VIII en los sacramentarios gelasianos copiados en la Galia; estas conocieron una difusión considerable en los siglos X y XI, para luego desaparecer casi por completo, quedando en uso solo algunos ejemplos.

Este tipo de oración se da sobre todo en los momentos culminantes de la liturgia, cuando el celebrante se dispone a presentarse de manera especial ante la divinidad, es decir: al comienzo de la misa, mediante un acto penitencial que, en algunos ritos, se realiza fuera del santuario y, en otros, a los pies del altar. Estrechamente relacionado con ello está el rito de entrada en el santuario por parte del celebrante y de quienes le asisten, presente, de una forma u otra, en todos los ritos. También en la proclamación del Evangelio, en el ofertorio y en la comunión se encuentran oraciones de esta naturaleza y, en diversos casos, incluso en la despedida del altar al término de la misa.

Oraciones y gestos del Ofertorio en las distintas tradiciones

a. Occidente

1. El Ofertorio en *el Missale Romanum* y en otros misales contemporáneos

Cuando hablamos del *Missale Romanum* no nos referimos exclusivamente al promulgado por san Pío V y conservado sin modificaciones, en lo que respecta al ofertorio, hasta 1970. Se repite muy a menudo —a veces incluso en obras que no son de simple divulgación— la afirmación de que San Pío V, en su edición, habría decidido «fijar una selección de oraciones» extraídas de un conjunto que hasta entonces se encontraba ora en un misal, ora en

otro; se sostiene así que habría «estandarizado el rito, eliminado variantes locales ambiguas e insertado de forma rígida el Ofertorio en la secuencia: Ofertorio → Canon → Consagración».

Un vistazo a los distintos misales «de la curia» y a los de la «regla» franciscana que nos han llegado —desde los primeros identificables como tales (siglo XIII) hasta la edición impresa por Giunta en Venecia en 1567, tres años antes de la de San Pío V—, muestra, sin embargo, que este conjunto de oraciones se ha mantenido inalterado desde los primeros manuscritos, es decir, tres siglos antes de San Pío V, lo que constituye una continuidad de ochocientos años hasta nuestra época.

Esta confusión se debe, sin duda, al hecho de que a menudo se olvida que San Pío V no elaboró un Misal como síntesis de los diversos misales entonces en uso en Occidente, sino que se limitó a lo que hoy llamaríamos una «edición crítica» del Misal recibido de la tradición, conocido hasta entonces como *Missale secundum usum romanae curiae* —o con una denominación similar— y que a partir de ese momento se denominaría de forma definitiva *Missale Romanum*.

Las variantes latinas de las oraciones y los ritos del ofertorio (así como, por lo demás, de las secuencias) que se encuentran en los manuscritos o en las antiguas ediciones impresas pertenecían a misales diocesanos o de órdenes religiosas, y no al uso de la curia romana; por lo tanto, si tenían más de doscientos años, no se vieron afectadas por las disposiciones de San Pío V y, en caso contrario, fueron simplemente sustituidas por el misal que él promulgó. No hubo, pues, ningún trabajo de «estabilización» en un ámbito que ya llevaba tres siglos estable.

El esquema de la fórmula del ofertorio del pan en el Misal Romano es el siguiente.

Acepta, Santo Padre, esta hostia inmaculada, que yo (...) te ofrezco, por mis innumerables pecados (...) y también por todos los fieles, vivos y difuntos, para que (...) contribuya a la salvación en la vida eterna.

Recibe, Padre santo, esta hostia inmaculada, que yo (...) te ofrezco por mis innumerables pecados (...) y también por todos los fieles, vivos y difuntos, para que (...) contribuya a la salvación en la vida eterna.

Como hemos dicho, esta fórmula ya estaba establecida en el siglo XIII; en cuanto a las demás fórmulas latinas, *brevitatis gratia* nos limitaremos a mencionar los ritos que permanecieron en uso hasta el siglo XX; para una perspectiva más amplia sobre los usos

medievales anteriores y sobre otros misales diocesanos y de órdenes religiosas, véase Paul Tirot, *Histoire des prières d'offertoire dans la liturgie romaine du VIIe au XVIe siècle*. CLV Ediciones Litúrgicas - Roma, 1985.

En el rito carmelita se encuentra esta fórmula:

Que sea aceptable ante tu majestad, Dios todopoderoso, esta ofrenda que te ofrecemos por nuestras faltas y delitos; y por la estabilidad de la santa Iglesia católica, así como por las almas de todos los fieles difuntos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Sea agradable a tu majestad, Dios todopoderoso, esta ofrenda que te ofrecemos por nuestras faltas y delitos, y por la estabilidad de la santa Iglesia católica, así como por las almas de todos los fieles difuntos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Esta oración se utiliza también, con algunas diferencias, en el rito mozarábico (Misal de Cisneros); el sacerdote recita entonces esta otra oración, que también se encuentra (casi idéntica) en el Misal de Lyon:

Te rogamos, Señor, que aceptes complacida esta ofrenda y perdones los pecados de todos los que la ofrecen y de aquellos por quienes se te ofrece.

Te rogamos, Señor, que acojas benévolamente esta ofrenda y que perdones los pecados de todos los que la ofrecen y de aquellos por quienes se te ofrece.

Las fórmulas del ofertorio en el rito ambrosiano, tanto para el pan como para el vino, no son anticipatorias, sino que piden la transformación del pan y del vino ofrecidos en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, respectivamente; sin embargo, al pan se le llama «sanctus», adjetivo que solo puede admitirse en la perspectiva de dicha transformación.

Suscipe, Padre clementísimo, este pan santo, para que se convierta en el Cuerpo de tu Hijo Unigénito, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Recibe, Padre clementísimo, este pan santo, para que se convierta en el Cuerpo de tu Hijo unigénito.

Sin embargo, añade a continuación esta apología, que puede considerarse proléptica:

Dios omnipotente, eterno, que esta ofrenda te sea agradable y aceptable, que yo, indigno, te ofrezco por mí, miserable pecador, y por mis innumerables delitos a tu misericordia, para que me concedas el perdón y la remisión de todos mis pecados, y

no desprecies mis iniquidades, sino que solo tu misericordia me beneficie a mí, indigno.

Dios todopoderoso y eterno, que esta ofrenda te resulte propicia y aceptable, que yo, indigno, ofrezco a tu piedad por mí, miserable pecador, y por mis innumerables delitos, para que me concedas el perdón y la remisión de todos mis pecados, y no desprecies mis iniquidades, sino que solo tu misericordia me beneficie a mí, indigno.

Y hacia el final del ofertorio, el sacerdote recita una bendición epiclésica, cuya segunda parte tiene carácter anticipatorio:

Que la abundante bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda de los cielos sobre esta nuestra ofrenda; y que esta ofrenda te sea aceptada, Señor Santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, creador misericordiosísimo de todas las cosas.

Que la abundante bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda del cielo sobre esta nuestra ofrenda; y que esta ofrenda sea aceptada por ti, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, creador misericordiosísimo de todas las cosas.

Por último, el rito dominicano, dirigiéndose no al Padre sino a la Santísima Trinidad, se expresa así:

Acepta, Santísima Trinidad, esta ofrenda que te ofrezco (...) y haz que, ante tu presencia, ascienda agradable a ti; y que opere la salvación eterna, tanto para mí como para todos los fieles.

Recibe, Santísima Trinidad, esta ofrenda que te ofrezco (...), y concede que ascienda ante tu presencia como ofrenda que te sea agradable; y que procure mi salvación y la de todos los fieles para la vida eterna.

En el momento de la ofrenda del cáliz, la tradición del Misal Romano lo denomina *Calix salutáris* y lo ofrece con carácter propiciatorio:

Te ofrecemos, Señor, el cáliz de la salvación, implorando tu clemencia: para que, ante tu divina majestad, por nuestra salvación y la de todo el mundo, se eleve con aroma de dulzura.

Te ofrecemos, Señor, el cáliz de la salvación, implorando tu clemencia, para que se eleve ante tu divina majestad como un aroma suave, por nuestra salvación y por la de todo el mundo.

Esta fórmula también se utiliza en el rito de la Iglesia de Braga. Entre los demás ritos, solo el mozárabe incluye una fórmula de ofrenda del cáliz que, por lo demás, no es más que una variante de la del rito romano.

Te ofrecemos, Señor, el cáliz para que bendigas la sangre de Cristo, tu Hijo; y te suplicamos tu clemencia, para que, ante la presencia de tu divina Majestad, ascienda con aroma de dulzura. Por el mismo Cristo, nuestro Señor.

Te ofrecemos, Señor, el cáliz para que sea bendito como Sangre de Cristo, tu Hijo; e imploramos tu clemencia para que, ante tu divina Majestad, se eleve con aroma de dulzura. Por el mismo Cristo, nuestro Señor.

Por su parte, el rito ambrosiano repite la fórmula ya mencionada para la ofrenda del pan, con los cambios correspondientes.

Recibe, Padre clementísimo, este cáliz, vino mezclado con agua, para que se convierta en la sangre de tu Hijo Unigénito. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Recibe, Padre clementísimo, este cáliz, vino mezclado con agua, para que se convierta en la Sangre de tu Hijo unigénito. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Los demás ritos no cuentan con una fórmula especial para acompañar la ofrenda del cáliz.

La última de las oraciones del ofertorio, «*Suscipe Sancta Trinitas...*», es la más antigua de las que se han documentado (de hecho, su estructura ya aparece en lo esencial en los sacramentarios y misales más antiguos; se encuentra además en los ritos lionés y ambrosiano, y existe también en el rito carmelita, bastante modificada, como fórmula única del ofertorio). Aunque a primera vista parezca no ser más que una simple repetición del «*Suscipe Sancte Pater*», en realidad constituye su complemento. El ofertorio dominicano (cf. supra), aunque comienza con las mismas palabras, por su estructura y contenido es más asimilable al *Suscipe Sancte Pater*.

El esquema más completo es el siguiente: el sacerdote pide al Dios Uno y Trino que acoja la ofrenda presentada en memoria de la muerte de Cristo; los ritos romano y ambrosiano añaden la resurrección y la ascensión; el rito lionés añade la referencia a la Encarnación y a la Natividad, y una mención en honor del Espíritu Santo Consolador. A continuación, se ofrece en honor de los santos: en primer lugar, la Virgen María, san Juan Bautista, los santos apóstoles Pedro y Pablo, «todos los santos que han sido agradables a Dios desde el principio del mundo», aquellos cuya fiesta se celebra ese día, aquellos cuyos nombres están inscritos en los «díticos» y aquellos cuyas reliquias se encuentran en el altar en el que se celebra la misa; y «por nuestra salvación, para que todos aquellos a quienes honramos intercedan por nosotros».

El rito ambrosiano cuenta además con dos oraciones que comienzan de la misma manera: una para el sacerdote y otra que enumera detalladamente las intenciones por las que se ofrece el sacrificio.

Y acoge, Santísima Trinidad, esta ofrenda que te ofrecemos por el gobierno, la custodia y la unidad de la fe católica; y también por la veneración de la bienaventurada María, Madre de Dios, y de todos tus santos a la vez: y por la salvación y la seguridad de tus siervos y siervas, y de todos aquellos por quienes nos hemos comprometido a implorar tu clemencia, y de quienes hemos recibido limosnas, y de todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, para que, por tu misericordia, merezcan recibir la remisión de todos los pecados y los premios de la bienaventuranza eterna, perseverando fielmente en tu alabanza, para gloria y honor de tu nombre, Dios misericordísimo, creador de todas las cosas.

Y recibe, Santísima Trinidad, esta ofrenda que te ofrecemos por el gobierno, la custodia y la unidad de la fe católica; y también en veneración a la bienaventurada María, Madre de Dios, y a todos tus santos; y por la salvación y la protección de tus siervos y siervas, y de todos aquellos por quienes nos hemos comprometido a implorar tu clemencia, y de aquellos de quienes hemos recibido limosnas, y de todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, para que, por medio de tu misericordia, merezcan obtener la remisión de todos sus pecados y los premios de la bienaventuranza eterna, perseverando fielmente en tus alabanzas, para gloria y honor de tu nombre, Dios misericordiosísimo, creador de todas las cosas.

A continuación, sigue la oración tomada de Daniel 3, 39-40:

Con espíritu de humildad y con ánimo contrito, que seas tú quien nos reciba, Señor; y que así se cumpla hoy nuestro sacrificio ante tu presencia, para que te sea grato, Señor Dios.

Con espíritu humilde y con corazón contrito, que seas tú quien nos acoja, Señor; y así se cumpla hoy nuestro sacrificio ante tu presencia, de modo que te sea grato, Señor Dios.

Se encuentra, con pequeñas variaciones, en todos los ritos latinos mencionados. Aquí se habla claramente de sacrificio, pero esta oración no lleva necesariamente a concebir un sacrificio ya presente; más bien podría interpretarse como la petición de obtener la disposición adecuada para ofrecer debidamente el acto sacrificial que se llevará a cabo poco después en la consagración.

En el rito cartujo, al pronunciar: «*In spiritu humilitatis...*», el sacerdote eleva el cáliz. Esta era también la única oración privada del ofertorio en los ritos monásticos de Cluny y de Cîteaux.

Por último, en el rito romano, el sacerdote dice, dirigiéndose a los fieles:

Orad, hermanos, para que mi sacrificio y el vuestro sean aceptables ante Dios Padre todopoderoso.

Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable ante Dios Padre todopoderoso.

La respuesta en el rito romano es:

Que el Señor acepte este sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre, y también para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

Que el Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y para el de toda su santa Iglesia.

Mientras que en el rito lionés se responde:

Que el Señor Dios todopoderoso acepte el sacrificio de tu boca y de tus manos, para el bien de su santa Iglesia, para la salvación de todo el pueblo cristiano y para el consuelo de todos los fieles difuntos.

Que el Señor Dios todopoderoso reciba el sacrificio de tu boca y de tus manos, por el bien de su santa Iglesia, por la salvación de todo el pueblo cristiano y por el consuelo de todos los fieles difuntos.

En el rito carmelita se dice:

Que el Señor tenga presente todo tu sacrificio, y que tu holocausto sea abundante; que te conceda según tu corazón y confirme todos tus designios.

Que el Señor se acuerde de todos tus sacrificios, y que tu holocausto sea abundante; que te conceda lo que desees y confirme todos tus designios.

En el rito dominicano, *el «Orate fratres»* queda sin respuesta.

En el rito cartujo, el sacerdote no hace mención del sacrificio, sino que se limita a pedir:

Orad, hermanos, por mí, pecador, ante el Señor nuestro Dios.

Orad, hermanos, por mí, pecador, al Señor nuestro Dios.

Tampoco en este caso se da respuesta alguna.

Aunque en *el «Orate, fratres»* se habla de «sacrificio», en este caso el sentido de anticipación no parece unívoco, ya que podría interpretarse como una petición de orar por el sacrificio que está a punto de comenzar (ya nos encontramos hacia el final del ofertorio). Lo mismo puede decirse de la respuesta correspondiente, en la que se afirman con claridad los fines del sacrificio, sin que ello implique necesariamente una anticipación del mismo.

2. Presencia de la prolépsis en los antiguos sacramentarios romanos

Los liturgistas del siglo XX coinciden en considerar que, en el rito romano, la oración propia del ofertorio es, en su origen, la *Secreta*. Entre estas oraciones hay muchas que no presentan el sacrificio como algo ya presente, sino que disponen o preparan el sacrificio que se ofrecerá más tarde; otras, incluso, no lo mencionan en absoluto.

Por ejemplo, en el caso siguiente se habla, por un lado, del Cuerpo y de la Sangre de Cristo como alimento en la comunión (*saginandi*), no del sacrificio, y, por otro, de la adoración y del fruto: no hay anticipación, sino, por el contrario, una orientación claramente futura:

Jesu Christi Domini nostri corpore et sanguine saginandi, per quem Crucis est sanctificatum vexillum: quaesumus, Domine Deus noster; ut, sicut illud adorare

meruimus, ita perenniter ejus gloriae salutaris potiamur effectu. Per eundem Dominum.

Nosotros, que seremos alimentados con el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, por medio del cual fue santificado el estandarte de la Cruz, te suplicamos, Señor Dios nuestro, que, así como hemos merecido adorarlo, así también participemos sin cesar del efecto salvífico de su gloria. Por el mismo Señor.

Aquí se ofrece la hostia, pero se trata de la hostia «de nuestra devoción» (*hostia devotionis nostrae*):

Te rogamos, Señor, que la hostia de nuestra devoción te sea ofrecida continuamente: que cumpla con los preceptos del sagrado misterio y que obre maravillosamente en nosotros tu salvación. Por el Señor.

Te lo pedimos, Señor: que la hostia de nuestra devoción te sea ofrecida continuamente; que cumpla con las disposiciones del sagrado misterio y que obre maravillosamente en nosotros tu salvación. Por el Señor.

En esta otra, los dones cuya aceptación se pide son nuestros ayunos: que sirvan de expiación y nos conduzcan a las promesas eternas:

Te rogamos, Señor, que acepte nuestros dones de ayuno: que, al expiarnos, tu gracia nos haga dignos y nos conduzca a las promesas eternas. Por el Señor.

Que te sean agradables, Señor, te lo suplicamos, los dones de nuestro ayuno: que, al expiarnos, tu gracia nos haga dignos y nos conduzca a las promesas eternas. Por el Señor.

En otros casos se habla más concretamente de *los munera* y de *los dona* ofrecidos, pero no se utilizan los términos prolépticos *hostia* / *sacrificium*. Aquí se mencionan de forma muy precisa *haec munera* y se pide la gracia de poder ofrecerlos dignamente:

Tú, te lo suplicamos, Señor, obra en los misterios: para que te ofrezcamos estos dones con mentes dignas. Por el Señor.

Actúa, te lo rogamos, Señor, en tus misterios, para que te ofrezcamos estos dones con ánimo digno. Por el Señor.

Esta fórmula pide no solo la acogida de los dones, sino también su eficacia salvífica:

Acepta con benevolencia, Señor, los dones que te ofrecemos, para que nos sirvan de salvación.

Acepta con benevolencia, Señor, los dones que te presentamos, para que nos sirvan para la salvación.

Aquí se pide no solo la acogida, sino expresamente la santificación de los dones y, una vez acogida la ofrenda de la hostia espiritual, que Dios haga de nosotros mismos un don eterno.

Propicio, Señor, te suplicamos, santifica estos dones; y, una vez recibida la ofrenda de la hostia espiritual, haz de nosotros mismos un don eterno para ti. Por el Señor.

Propicio, Señor, te rogamos, santifica estos dones; y, una vez recibida la ofrenda de la hostia espiritual, haz de nosotros mismos, para ti, un don eterno. Por el Señor.

La siguiente es una epiclesis: tampoco habla de sacrificio, sino de la santificación de los dones y del efecto en quienes los reciben:

Descienda, te lo suplicamos, Señor Dios nuestro, tu Espíritu Santo sobre este altar: para que santifique los dones de tu pueblo y purifique dignamente los corazones de quienes los reciben. Por el Señor, en la unidad de él mismo.

Que descienda, te lo rogamos, Señor Dios nuestro, tu Espíritu Santo sobre este altar: para que santifique los dones de tu pueblo y purifique dignamente los corazones de quienes los reciben. Por el Señor, en la unidad del mismo.

Aquí la petición es clara: que los dones ofrecidos se conviertan (en el futuro) en el Cuerpo y la Sangre, y que beneficien al rey en su misión:

Santifica, Señor, te lo suplicamos, los dones ofrecidos: para que se conviertan también para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu Unigénito; y para que beneficien en todo a nuestro rey, con tu ayuda, para obtener la salvación del alma y del cuerpo, y para cumplir el oficio que se le ha encomendado. Por el mismo Señor.

Santifica, Señor, te lo rogamos, los dones ofrecidos: para que se conviertan también para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu Unigénito; y para que sirvan de ayuda en todo a nuestro rey, con tu ayuda, para alcanzar la salvación del alma y del cuerpo y para cumplir el oficio que se le ha encomendado. Por el mismo Señor.

También aquí el futuro, marcado por el gerundivo, resulta claro.

Que sea para ti, te lo suplicamos, Señor, una ofrenda sagrada y agradable, por la preciosa solemnidad del martirio: que purifique nuestros pecados y te concilie los votos de tus siervos. Por el Señor.

Que te sea agradable, te lo suplicamos, Señor, la hostia que debe ser consagrada, en la preciosa celebración del martirio; y que purifique nuestros pecados y concilie ante ti los votos de tus siervos. Por el Señor.

Por el contrario, pueden considerarse propiamente prolépticas aquellas oraciones que denominan «*sacrificium*», «*hostia*» o «*immolatio*» a los dones aún no consagrados, sobre todo cuando van acompañadas de demostrativos (*hic, haec, hoc*) y cuando hablan de una eficacia expiatoria ya atribuida a la oblación, es decir, con un lenguaje que supone un carácter sacrificial presente, no solo futuro. Encontramos un buen número de ellas en el Misal, pero nos detendremos sobre todo en las más antiguas, atestiguadas en los Sacramentarios, en particular en el de Verona.

El Sacramentario Gelasiano conserva una *Secreta* con una fórmula de ofrenda particularmente explícita en su lenguaje penitencial y «apologético» personal, en la que el celebrante se presenta ante Dios consciente de su indignidad y suplica la remisión de los pecados en relación directa con la ofrenda presentada. La similitud con el «*Suscipe Sancte Pater*» es evidente (destacamos en negrita las palabras comunes a ambos):

*Suscipe, Padre clementísimo, estas ofrendas que yo, tu siervo indigno, te ofrezco por mis pecados y ofensas, y te ruego, Padre clementísimo, que ordenes el perdón de mis pecados y me concedas **la vida** eterna.*

Recibe, oh Padre clementísimo, estas ofrendas que yo, tu siervo indigno, ofrezco por mis pecados y mis ofensas, y te ruego, oh Padre clementísimo, que ordenes que mis pecados sean perdonados y que me concedas la vida eterna.

Un poco más adelante, el mismo sacramentario propone una fórmula similar en la que se introduce explícitamente la ofrenda por los difuntos, ampliando así el alcance del sacrificio a la comunión de los vivos y los muertos:

*Acepta, Padre clementísimo, **esta** ofrenda que **te** presento yo, tu siervo indigno, **por el descanso de las almas** de aquellos y aquellas de tus **siervos y siervas**; te ruego, Padre clementísimo, que esperen el día de la resurrección con el consuelo de tu bondad.*

Recibe, oh Padre clementísimo, esta ofrenda que yo, tu siervo indigno, te ofrezco por el descanso de las almas de esos siervos y siervas tuyos; te ruego, oh Padre clementísimo, que esperen el día de la resurrección con el consuelo de tu bondad.

En el Sacramentario de Verona se emplean también los mismos términos que en el «*Suscipe, sancte Pater*»:

*Señor, **Padre santo, Dios omnipotente y eterno**, acoge con benevolencia las ofrendas de tu familia, para que estos actos de piadosa devoción santifiquen tanto a los gobernantes como a los gobernados.*

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, acoge con benevolencia las ofrendas de tu familia, para que estos actos de piadosa devoción santifiquen tanto a quienes gobiernan como a quienes deben ser gobernados.

Las mismas palabras dirigidas al Padre reaparecen en una oración de Gelasiano de Angulema:

*Te suplicamos, Señor, **Padre santo, Dios todopoderoso y eterno**, que acepte nuestro sacrificio, él que a sus discípulos les mostró, mediante su entrega, que esto debía hacerse en su memoria según la tradición de hoy.*

Que Él mismo, te lo suplicamos, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, haga que nuestro sacrificio te sea grato, Él que hoy mostró a sus discípulos, mediante su entrega, que esto debía hacerse en su memoria.

En este contexto resulta especialmente significativo el fragmento conocido como «Misal» o «Sacramentario» de Kiev, un texto en paleoeslavo que podría derivar de un arquetipo romano perdido, del que también dependería el Sacramentario de Padua, y que reflejaría una tradición puramente romana muy antigua, anterior a Adriano, situable en los siglos VI-VII. En este fragmento, la ofrenda se designa explícitamente como *haec hostia* (ꙗꙗꙗꙗꙗꙗ ꙗꙗ) sacrificada para la redención de los hombres; la retroversión latina propuesta reza:

*Suscipe, domine, quaesumus te, **hostiam hanc tibi oblatam pro redemptione hominum** et sanitatem nobis da et animas nostras atque corpora emunda precesque nostras suscipe.*

Recibe, Señor, te lo suplicamos, esta hostia que se te ofrece por la redención de los hombres; concédenos la salud, purifica nuestras almas y nuestros cuerpos y acoge nuestras oraciones.

Una oración muy similar se encuentra en el mencionado Sacramentario de Padua, donde se pone de manifiesto claramente el efecto propiciatorio del sacrificio:

*Acepta, te lo suplicamos, Señor, **la ofrenda de la redención humana** y, apaciguado, obra **en nosotros la salvación del alma y del cuerpo**.*

Recibe, te lo suplicamos, Señor, la hostia de la redención humana y, apaciguado, obra en nosotros la salvación del alma y del cuerpo.

En el Sacramentario de Verona, la oblación se denomina explícitamente *hostia spiritalis* y se afirma que es inmolada y ofrecida:

*Una vez apartadas las sombras de las víctimas carnales, te ofrecemos, oh Padre supremo, con servidumbre suplicante, **una hostia espiritual**, la cual, por un misterio maravilloso e inefable, es siempre **inmolada** y **siempre ofrecida**, y es a la vez ofrenda de los devotos y premio de quien recompensa.*

Una vez apartadas las sombras de las víctimas carnales, te ofrecemos a ti, Padre supremo, con servicio suplicante, una hostia espiritual, la cual, por un misterio admirable e inefable, es siempre inmolada y siempre ofrecida, permaneciendo siempre la misma, y es a la vez don de los devotos y premio de quien recompensa.

El Gelasiano y la tradición de Angulema añaden otra fórmula en la que se subraya el efecto liberador y reconciliador de la hostia:

***Esta hostia**, Señor, te rogamos, que **nos libere de las ataduras de nuestra iniquidad** y nos concilie los dones de tu misericordia,*

Esta hostia, Señor, te lo suplicamos, que desate los lazos de nuestra iniquidad y nos obtenga los dones de tu misericordia.

En diversas oraciones del Gelasiano y del Gregoriano se afirma además que la hostia es *salutaris*:

*Concédenos, Señor, te lo suplicamos, que **esta hostia salvadora** sea para nosotros **purificación de nuestros delitos** y **propiciación** de tu poder.*

Concédenos, Señor, te lo suplicamos, que esta hostia salvadora sea purificación de nuestras faltas y propiciación de tu poder.

Otra oración del Gelasiano utiliza al final la expresión que más tarde será retomada por el «*Suscipe, sancto Pater*»:

Dios, que has establecido las diferencias entre las víctimas legales en la perfección de un único sacrificio, acoge el sacrificio de tus siervos devotos y santificalo con la

*misma bendición con la que santificaste las ofrendas de Abel, para que lo que cada uno ha ofrecido en honor a tu majestad **redunde en salvación** para todos.*

Oh Dios, que has establecido las diferencias de las víctimas prescritas por la ley en la perfección de un único sacrificio, acoge el sacrificio de tus siervos devotos y santificalo con la misma bendición con la que santificaste las ofrendas de Abel, para que lo que cada uno ha ofrecido en honor a tu majestad redunde en salvación para todos.

Del mismo modo:

*Escucha, Señor, nuestras súplicas y acoge con benevolencia estas ofrendas de tus siervos y siervas, para que lo que cada uno ha ofrecido en honor de tu nombre **redunde en salvación** para todos.*

Sé propicio, Señor, a nuestras súplicas y acoge con benevolencia estas ofrendas de tus siervos y siervas, para que lo que cada uno ha ofrecido en honor de tu nombre sirva a la salvación de todos.

La fórmula de ofrenda del cáliz del ofertorio romano también tiene precedentes en los sacramentarios, por ejemplo, en el de Verona:

Te ofrecemos, Señor, los dones de tus santos, que te son gratos en estas solemnidades, suplicándote tu clemencia, para que lo que es para su gloria nos sirva a nosotros para el perdón.

Te ofrecemos, Señor, ofrendas que te agradan en las solemnidades de tus santos, suplicando tu clemencia para que lo que se ofrece para su gloria nos sirva a nosotros para el perdón.

El término *salutaris* que el ofertorio romano emplea para el cáliz se encuentra (aunque referido a la hostia) en esta otra oración, atestiguada en varias ocasiones en los sacramentarios gelasiano y gregoriano:

*Concédenos, Señor, te lo suplicamos, que esta hostia **salvadora** sea para nosotros purificación de nuestros pecados y propiciación de tu poder. Por el Señor.*

Concédenos, Señor, te lo suplicamos, que esta hostia salvadora sea purificación de nuestras culpas y propiciación de tu poder. Por el Señor.

Una oración similar del Gelasiano también utiliza este término:

*Protegat nos, te lo suplicamos, Señor, la hostia **salvadora**, y que la que se inmola en honor de tu nombre nos sirva para el perdón,*

Que nos proteja, te lo suplicamos, Señor, la hostia salvadora, y que la que se inmola en honor de tu nombre nos sirva para el perdón:

Que, ante estos sacrificios, te apacigües, te lo suplicamos, Señor, para que nos sirvan tanto para nuestra devoción como para nuestra salvación.

Mira con benevolencia, te lo suplicamos, Señor, estos sacrificios presentes, para que nos sirvan tanto para nuestra devoción como para nuestra salvación.

En cuanto al «*Suscipe, sancta Trinitas*» del ofertorio, ya hemos visto ejemplos del uso del término *oblato*. Encontramos además paralelismos, en lo que respecta a la ofrenda en honor de los santos y a su intercesión a nuestro favor, en la siguiente «*super oblata*» del ya mencionado fragmento de Kiev:

*Que **este don**, Señor, que te **es ofrecido** por todas las virtudes celestiales y por **todos tus santos y justos**, sea para ti alabanza, y que a nosotros **nos resulte salvación por sus oraciones**.*

Este don, Señor, que te ofrecen todas las santas virtudes celestiales y todos tus santos y justos, sea para ti alabanza y, por medio de sus oraciones, se convierta para nosotros en salvación.

Y en el Sacramentario de Fulda:

*Te ofrecemos, Señor, los dones de nuestra devoción; que, **en honor de todos tus santos**, te sean agradables y, por tu misericordia, **se conviertan** para nosotros **en salvación**.*

Te ofrecemos, Señor, los dones de nuestra devoción; haz que, en honor de todos tus santos, te sean agradables y que, por tu misericordia hacia nosotros, se conviertan para nosotros en fuente de salvación.

Una secreta del Gelasiano expresa la misma idea:

*Concédenos, te lo suplicamos, Dios todopoderoso, que la ofrenda de nuestra humildad **te sea grata en honor de tus santos** y que nos **purifique** tanto en el cuerpo como en la mente,*

Concédenos, te lo suplicamos, Dios todopoderoso, que la ofrenda de nuestra humildad sea agradable en honor de tus santos y nos purifique tanto en el cuerpo como en la mente.

En esta oración del gregoriano se encuentra un esquema similar.

*Te ofrecemos, Señor, un sacrificio de alabanza en memoria de tus santos: concédenos, te lo suplicamos, que lo que **a ellos les procuró gloria, a nosotros nos sirva para la salvación.***

Te ofrecemos, Señor, un sacrificio de alabanza en la conmemoración de tus santos; concédenos, te lo suplicamos, que lo que a ellos les procuró la gloria nos sirva para nuestra salvación.

En la fiesta de la Anunciación, la ofrenda se presenta explícitamente en relación con la encarnación y la pasión:

*Te rogamos, Señor, que aceptes esta ofrenda de tu pueblo que hoy te ofrecemos por la encarnación y **la pasión** de nuestro Redentor Jesucristo; te suplicamos que la recibas con benevolencia. Por el Señor.*

Que sea aceptada por ti, Señor, te lo suplicamos, esta ofrenda de tu pueblo que hoy te ofrecemos juntos por la encarnación y la pasión de nuestro Redentor Jesucristo; te pedimos con humildad que, apaciguado, la aceptes. Por el Señor.

Por último, diversas oraciones del Gelasiano y del Gregoriano ponen de relieve la eficacia del sacrificio:

*Acepta, Señor, **este sacrificio**, con cuya digna **inmolación** has querido apaciguarte; concédenos, te suplicamos, que, purificados por esta acción, te ofrezcamos el afecto de nuestra mente que te es grato.*

Acepta, Señor, el sacrificio con cuya digna inmolución has querido apaciguarte; concédenos, te lo suplicamos, que, purificados por su acción, te ofrezcamos el afecto de nuestra mente que te sea grato.

*Por el poder **de este sacrificio**, Señor, te suplicamos que nos libere de nuestra vejez y aumente en nosotros la novedad y **la salvación.***

Te suplicamos, Señor, que el poder de este sacrificio borre nuestra vieja condición, aumente en nosotros la novedad de vida y nos conceda la salvación.

Esta presencia claramente reconocible de la anticipación de la ofrenda del sacrificio —del que se habla como si ya estuviera presente— en las Secretas de los sacramentarios más antiguos nos obliga a reconsiderar la atribución de la prolexis a la influencia de una concepción litúrgica medieval poscarolingia.

Además, esta «anticipación» está presente también en el propio Canon romano, en su primera parte, es decir, antes de la consagración.

*...rogamus, ac petimus, uti accepta habeas et benedicas **hæc** ✠ **dona, hæc** ✠ **munera, hæc** ✠ **sancta sacrificia illibata**, in primis quæ tibi **offerimus** pro Ecclesia tua sancta catholica...*

...te rogamos y suplicamos que aceptes y bendigas estos ✠ dones, estos ✠ ofrendas, estos ✠ santos sacrificios inmaculados, que ante todo te ofrecemos por tu santa Iglesia católica...

Y luego:

*Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., y de todos los aquí presentes (...) por quienes te **ofrecemos**: o bien quienes te ofrecen **este sacrificio** de alabanza, por sí mismos y por todos los suyos: por la redención de sus almas...*

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., y de todos los aquí presentes (...), por quienes te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por ellos mismos y por todos los suyos, por la redención de sus almas...

*Te rogamos, Señor, que **acojas con benevolencia esta ofrenda** de nuestra servidumbre, así como la de toda tu familia; que dispongas nuestros días en tu paz, que nos liberes de la condenación eterna y que ordenes que seamos contados entre el rebaño de tus elegidos.*

Te rogamos, pues, Señor, que acojas con benevolencia esta ofrenda de nuestro servicio y de toda tu familia; que ordenes nuestros días en tu paz, que nos liberes de la condenación eterna y que ordenes que seamos contados entre el rebaño de tus elegidos.

Estas oraciones, que califican como víctima / ofrenda / sacrificio las realidades del pan y del vino «aún no consagrados», a las que se refieren explícitamente mediante los demostrativos *hic* / *haec* / *hoc*, anticipan la naturaleza sacrificial de la misma manera que lo hace la sección ritual celebrada inmediatamente antes: el ofertorio.

b. La prolépsis en Oriente

En los ritos orientales encontramos igualmente frecuentes «anticipaciones» de la presencia real y del sacrificio que, según el estilo propio de estas tradiciones litúrgicas, no se limitan a las palabras, sino que a menudo se traducen también en gestos y ritos que las acompañan.

En el rito bizantino, la preparación de los dones y el ofertorio se sitúan desde el principio en un contexto claramente sacrificial: antes de comenzar la *proskomidia*, es decir, la preparación del pan y del vino al inicio de la liturgia, el sacerdote recita el tropario del Viernes Santo, un breve himno compuesto a partir de una combinación de textos bíblicos relativos a la redención (Gál 3,13; 1 Pe 1,19; Jn 19,34).

«Tú nos has redimido de la maldición de la Ley con tu Sangre preciosísima. Clavado en la Cruz y traspasado por la lanza, haces brotar para los hombres una fuente de inmortalidad. Oh, nuestro Salvador, gloria a ti».

Inmediatamente, este sentido del sacrificio se ve fuertemente reforzado y se hace presente cuando, durante la compleja preparación del pan (denominado de forma muy evocadora «el Cordero»), se utilizan las palabras del profeta que anuncia el sacrificio del Siervo sufriente.

«Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero sin mancha, mudo ante quien lo esquila, no abrió su boca. En su humillación fue exaltado su juicio. ¿Quién podrá narrar su generación? Porque su vida fue arrancada de la tierra» (Is 53, 7–8).

Este mismo texto lo utilizan también en el ofertorio los armenios, los sirios y los maronitas; sin embargo, a diferencia de estos ritos, el sacerdote bizantino, mientras lo recita, corta los trozos laterales del «Cordero» con la «lanza» —un utensilio litúrgico propio del rito bizantino, que consiste en un pequeño cuchillo con forma de lanza que evoca la de la Pasión—, y añade a continuación:

«Ha sido inmolado el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, por la vida y la salvación del mundo» (cf. Jn 1, 29).

A continuación, traspasa con la lanza el costado izquierdo del «Cordero», pronunciando estas palabras:

«Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio de ello, y su testimonio es verdadero» (Jn 19, 34);

frase que, en este contexto, adquiere una fuerza especial porque va acompañada del acto de verter el vino y el agua en el cáliz».

Estos mismos términos se utilizan también, aunque sin la ceremonia que les da dramatismo, en los ritos siríaco, caldeo, malabar y armenio, y en Occidente en los ritos lionés, cartujano, mozárabe, ambrosiano y el de la Iglesia de Braga.

Los católicos sirios malabares (al igual que los nestorianos) preparan el cáliz utilizando una expresión aún más contundente, que subraya aún más la prolépsis: «*La preciosa sangre se vierte en el cáliz de nuestro Señor Jesucristo...*», y a continuación vierten también el agua diciendo: «*Uno de los soldados... etc.*». Cuando se coloca el pan sobre la patena, se dice

«*Que esta patena sea marcada con el santo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo...*».

Observemos que, en Occidente, el vertido del agua en el cáliz no tiene un sentido sacrificial anticipatorio similar.

En el rito romano, mediante la adaptación de una antigua oración de la fiesta de Navidad, se destaca el simbolismo de la unión del agua y el vino para subrayar la elevación de la naturaleza humana realizada por Cristo, de quien se pide que nos convirtamos en consortes de la divinidad.

El rito carmelita, al igual que el dominicano, no cuenta con una oración especial para la preparación del cáliz; en este último solo se dice: «*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*».

Los ritos dominicano y lionés (al igual que el siríaco en Oriente) prevén la recitación de algunos versículos del salmo 116 durante el ofertorio del cáliz: *Quid retribuam... calicem salutaris accipiam...* «¿Qué daré al Señor... tomaré el cáliz de la salvación...?»

Volviendo al Ofertorio en Oriente, en el rito copto el sacerdote, sosteniendo la hostia entre las manos, recita la oración del ofertorio. Durante la misma, tras una apología en la que se reconoce indigno de un ministerio tan elevado, implora:

«*Concédenos, Señor, que nuestro sacrificio sea aceptable ante ti por mis pecados y por las ignorancias de tu pueblo*».

A continuación, realiza la procesión alrededor del altar con las ofrendas, dando gloria a Dios, pidiendo la paz y la edificación de la Iglesia y de los oferentes, mientras que al mismo tiempo dice:

«Acuérdate, Señor, de aquellos que han traído estos dones ante ti y de aquellos por quienes han sido traídos. Concédenos a todos la recompensa celestial».

En la Gran Entrada, que en el rito bizantino reviste una solemnidad especial, los dones se tratan como si el propio Cristo estuviera presente: los griegos los llevan en procesión por la nave central (en algunos lugares, el pueblo se postra al paso de la procesión); el sacerdote «bendice» al pueblo con ellos y, a continuación, el coro canta, concluyendo el himno de los querubines:

«para acoger al Rey del cielo y de la tierra, acompañado invisiblemente por las huestes de los ángeles».

En el rito armenio, aunque la ceremonia no sea tan elaborada (puesto que la procesión se desarrolla en el interior del santuario, pasando por detrás del altar), existe igualmente un carácter profético: al comienzo de la ceremonia de la Entrada, siempre se canta el siguiente himno (utilizado también en el rito caldeo y malabar, pero solo los domingos), que también tiene un sentido fuertemente anticipatorio:

«El Cuerpo del Señor y la Sangre del Salvador se presentan ante nosotros: las huestes celestiales cantan de forma invisible y dicen sin cesar: Santo, santo, santo, Señor de los ejércitos».

Cuando el diácono llega ante el sacerdote, pronuncia las palabras del salmo 23 (vv. 7–10): *«¡Levantad, puertas, vuestros umbrales; alzáoos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria!»*; y a la pregunta del sacerdote: *«¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor de los ejércitos»*, él responde: *«¡Él es el Rey de la gloria!»*. A continuación, entrega el cáliz y la patena al celebrante, quien bendice al pueblo con ellos diciendo: *«Bendito el que viene en nombre del Señor»*.

En el rito etíope, el sacerdote realiza la procesión llevando las hostias en una cesta especial colocada sobre la cabeza, mientras el coro canta: *«Tú eres el arca de oro purísimo en la que se encuentra el maná, pan oculto que descendió del cielo y da vida a todo el universo»*.

El rito siríaco, durante el llamado «servicio de Aarón», es decir, el ofertorio celebrado al comienzo de la misa, incluye una oración comparable al *Suscipe Sancta Trinitas* de los ritos latinos mencionados anteriormente; en ella se encuentra el memorial de la obra de la

redención, la conmemoración de todos los santos agradables a Dios «desde la creación», la conmemoración de los difuntos y, de manera especial, la de los oferentes:

«Recordamos a nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, y toda la obra de la redención que él ha realizado por nosotros: su Anunciación por medio de un ángel, su Natividad según la carne, su Bautismo en el Jordán, su Pasión redentora, su Elevación en la Cruz, su Muerte vivificante, su Sepultura venerable, su Resurrección gloriosa, su Ascensión al cielo y su Sentado a la derecha de Dios Padre.

Conmemoramos en esta Eucaristía que tenemos ante nosotros (nótese aquí la prolépsis muy marcada), en primer lugar a nuestro padre Adán y a nuestra madre Eva, a la santa Madre de Dios María, a los profetas, a los apóstoles, a los predicadores, a los evangelistas, a los mártires, a los confesores, a los justos, a los sacerdotes, a los santos Padres, a los verdaderos pastores, a los doctores ortodoxos, a los ermitaños y a los monjes, a quienes rezan con nosotros y a todos aquellos que, desde la creación, te han sido agradables, Señor, desde Adán y Eva hasta hoy.

Recordemos también a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los maestros que nos han enseñado la doctrina de la verdad, a nuestros difuntos y a todos los fieles difuntos, en particular y por su nombre a aquellos que son de nuestra familia, a quienes han contribuido o contribuyen al mantenimiento de este lugar y a todos aquellos que están en comunión con nosotros, ya sea con la palabra o con la acción, en lo pequeño o en lo grande; y de manera muy especial de N... [Aquí el celebrante menciona los nombres de todos aquellos por quienes desea orar], por quien hoy se ofrece este sacrificio».

De manera similar se dice en el rito maronita:

«Santifica esta ofrenda y, por medio de ella, concede el perdón de las ofensas y la remisión de los pecados a todos aquellos por quienes se ofrece: a mí, a mis familiares, a todos los fieles que han trabajado y cooperado conmigo, vivos o ya difuntos...».

En el rito bizantino, esta conmemoración se lleva a cabo colocando junto al «Cordero» las partículas con las que se realizan dichas conmemoraciones: primero la de la Virgen, cuya partícula se coloca a la derecha del «Cordero» (con las palabras del Salmo 44, 10 «La Reina está a tu derecha...»), luego las de los santos, dispuestas en nueve categorías a

la izquierda del Cordero; a continuación, se colocan las partículas «debajo» del «Cordero»: allí tienen lugar las *commemoraciones* de los vivos, empezando por las autoridades eclesiásticas y civiles, luego las de los difuntos y, por último, la del propio sacerdote.

Conclusiones

De los ejemplos citados se desprende que el ofertorio proléptico no constituye una anomalía propia de la concepción medieval ni mucho menos es exclusivo del mundo occidental; de hecho, este fenómeno ya está presente en algunos de los elementos eucológicos romanos más antiguos y se encuentra ampliamente desarrollado en los ritos orientales, con gestos que ilustran su significado; esto se da incluso entre quienes ya habían roto la comunión con el resto de la Iglesia en el siglo V.

No juzgamos aquí las implicaciones teológicas o sacramentales de tal hecho ni su alcance, sino que nos limitamos a enumerar lo que constatamos en los distintos ritos examinados. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que la notable extensión de este fenómeno nos inclina a descartar una anticipación indebida del sacrificio debida a una falta de atención, o una deformación debida a la importación de elementos pertenecientes a una determinada zona y cultura; sino que parece más bien una lógica litúrgico-teológica coherente, compartida por Oriente y Occidente a lo largo de los siglos, según la cual el sacrificio eucarístico se entiende como un acto unitario articulado en fases preparatorias, oblativas y consumativas. Desde esta perspectiva, el lenguaje sacrificial empleado antes de la anáfora no designa un momento cronológico cerrado dentro de la celebración, sino que evoca el sacrificio en su totalidad intencional de la acción litúrgica.